

JOSEFINA LUDMER. UNA LECTORA IMPENITENTE/IMPERTINENTE

Adriana Rodríguez Pésico



RESUMEN**PALABRAS CLAVE**

lectura
historia intelectual
singularidad

En este artículo el recuerdo personal se mezcla con la reflexión crítica hasta volverlos un gesto único (una actitud) en el que Josefina Ludmer aparece como lectora singularísima, tanto en cada uno de sus libros como en sus ensayos breves, que no cesa de repetir dos preguntas clave: ¿qué se lee?, ¿desde dónde se lee? Ludmer, de ese modo, es colocada en un lugar decisivo de la historia intelectual argentina, como nombre clave de un momento de reinención de los modos de leer.

ABSTRACT**KEYWORDS**

way of reading
intellectual history
singularity

In this article, personal memories are mixed with critical reflection in order to combine them as one gesture (one attitude) in which Josefina Ludmer appears as a unique reader, not only in each and every one of her books but also in her short essays. Two questions are constantly repeated: ¿what is read? ¿where is it read? From that perspective, Ludmer is positioned in a crucial place in Argentina's intellectual History because it is seen as a pivotal name in the reinvention of the ways of reading.

En 2015, los miembros de tres cátedras de Teoría Literaria de la Universidad de Buenos Aires organizamos un homenaje a Josefina Ludmer con el pretexto de recordar los 30 años del mítico seminario de 1985, “Algunos problemas de crítica literaria”. Eran épocas luminosas a pesar de la tragedia que llevábamos auestas, épocas en que desempolvamos las esperanzas y el trabajo intelectual adquiría para nosotros la fuerza de la militancia. Al principio pensamos que la maestra rechazaría la idea. Siempre se burlaba del género homenaje. Pero se mostró encantada de recibir el cariño y el agradecimiento de sus viejos discípulos y el reconocimiento de las nuevas generaciones. Creo que también le entusiasmaba la idea de volver a Filo. Me pregunto si hubiera imaginado un homenaje en la Feria del Libro.¹

Evocar la figura de Ludmer implica un esforzado ejercicio de síntesis que combine las imágenes de la crítica rebelde, la lectora lúcida y la profesora hábil y dedicada. Porque lo que es indudable es que cambió el modo de hacer crítica y el modo de leer literatura a varias generaciones de estudiantes, en especial, argentinos y norteamericanos. El recorrido empieza en la Universidad de Buenos Aires, en épocas anteriores a la dictadura militar, continúa con lo que se llamó la “universidad de las catacumbas” por su carácter semiclandestino, se recicla con la vuelta a la democracia en la cátedra de Teoría Literaria de la Universidad de Buenos Aires y culmina en la Universidad de Yale, hasta su retiro.

En estas páginas, elegí que los recuerdos personales se mezclaran con algunas reflexiones críticas. Sabemos que las anécdotas suelen importar sólo a los protagonistas pero en ellas puede leerse también un fragmento de la vida y historia comunitaria. Con el retorno de la democracia y de la mano de los maestros, muchos de nosotros –los jóvenes de entonces– empezamos a reconstruir la universidad. Fue un momento en que la utopía parecía al alcance de la mano. Recuerdo con respeto y afecto entrañable a Enrique Pezzoni por el trabajo realizado al frente del Departamento de Letras y de la cátedra de Teoría y Análisis Literario, donde muchos de nosotros dimos los primeros pasos. Cuando Josefina asumió la cátedra de Teoría II, la acompañamos. Y, como siempre, nos arrojó al ruedo. En mi primer teórico, durante el seminario de 1985, ante un público

¹ Este texto fue leído en una mesa de homenaje, “Josefina Ludmer y su estilo”, organizada por la Feria del Libro de Buenos Aires, el 13 de mayo de 2017.

de cientos de alumnos, el miedo me paralizaba. Mientras intentaba articular reflexiones claras y didácticas sobre las polémicas entre Lukács y Brecht, resonaba en mi interior la voz de Josefina: “mirá un punto fijo, a uno de tus compañeros”. Muchas veces, a lo largo de los años y en distintas circunstancias, esa voz me aconsejó y a veces, me amonestó.

Sin embargo, la tarea pedagógica comenzó mucho antes cuando, tanto Josefina como otros intelectuales se convirtieron en docentes de “la universidad de las catacumbas”, en plena época de dictadura cívico-militar. En ella se formaron una cantidad de escritores y críticos. En esos años de 1970, los jóvenes iniciábamos una búsqueda, así, de manera intransitiva. ¿Buscábamos conocimientos, guías, ideas, compromisos? Encontramos todo eso en los cursos que Josefina dictaba en su casa de Viadmonte y Riobamba. Allí aprendimos el ejercicio de la lectura como resistencia. Mientras estudiábamos formalismo ruso, semiótica soviética, psicoanálisis o postestructuralismo, insistíamos en las bondades de la obstinación. Leíamos teoría y literatura contra viento y marea.

Recuerdo que luego de cada reunión, nos refugiábamos en un bar para, café medianoche, seguir dando vueltas y prolongar el placer de lo recién estrenado mientras sentíamos que nuestras mentes pasaban –literalmente– de la luz a la oscuridad y viceversa. Comenzaba el aprendizaje que duró toda la vida porque Ludmer no proporcionaba respuestas precisas sino enseñaba modos de preguntar. Y en eso consiste un verdadero magisterio.

Vuelven también imágenes sombrías de 1976. Josefina planeó estrategias de supervivencia y las compartió con sus alumnos: “hay que hacer un proyecto a largo plazo”, dijo. Ese proyecto culminó en su libro sobre la gauchesca. Una forma de resistencia: imaginar un libro sobre la patria justamente en los momentos en que la perdíamos.

Fue una lectora atenta, sutil e inflexible. Corregía con esmero y minuciosidad los trabajos de sus becarios y doctorandos. Las devoluciones eran largas, inteligentes y siempre muy productivas. Era capaz de descubrir lo importante en lo contingente, de atrapar lo que había pasado desapercibido al autor y poner en movimiento nuevas tramas. En una oportunidad, yo había terminado un capítulo de mi tesis doctoral. El capítulo trataba sobre los *Viajes* de Sarmiento. Estaba muy conforme con los resultados hasta que sometí el material a la opinión de

la maestra. Con estas simples palabras barrió con mi excesiva confianza: “como borrador, está muy bien”. Supongo que habrá percibido mi cara de estupor porque preguntó cuántas versiones tenía el capítulo. Creo que argumenté que había hecho un par. Josefina me recomendó que reescribiera diez veces cada hoja. Claro está que la desobedecí.

Como a esta altura corro el riesgo de sumergirme en las aguas profundas de la melancolía, retomo el camino crítico y continúo con mi homenaje. Los libros de Ludmer fomentan relaciones novedosas y aún inusuales donde la teoría se imbrica fuertemente con los análisis textuales de modo que cada uno de esos textos produce objetos que deslumbran por su complejidad conceptual. Era muy hábil para construir teorías, máquinas para leer un corpus. Y además, como le gustaban los desafíos, cambiaba de lugar, de puntos de vista. Nada más lejos de su figura que lo que llamamos un “especialista en”, en el sentido de alguien que se ocupa la vida entera de un autor, un movimiento o una época. Aprovechaba y usaba las teorías en boga, las desechaba luego, exhumaba textos críticos y literarios tradicionales, leía a los más nuevos que alternaba con los canónicos, reinterpretaba a los consagrados y rescataba los olvidados, poniéndonos en un lugar central.

Descreía del carácter objetivo de la crítica, y por ello, siempre leyó a contrapelo de la tradición o de las exigencias del mercado. Incursionó, con idéntica pasión, en textos de los siglos XIX, XX y XXI, en la literatura argentina y también en la latinoamericana, en la cultura alta o popular. En sus primeros libros, *Cien años de soledad, una interpretación* (1972) y *Onetti, los procesos de construcción del relato* (1977) se percibe la impronta estructuralista, un afán escrupuloso por ir contra todo tipo de lectura sociológica enfatizando procedimientos y formas. En sus trabajos posteriores, Ludmer arma otros corpus tomando el riesgo de empresas difíciles como la redefinición de un género en *El género gauchesco. Un tratado sobre la patria* (1988). El género, dice Ludmer, escribe la voz del gaucho: “Se trata del uso de una voz (y con ella de una acumulación de sentidos: un mundo) que no es la voz del que escribe”.

Hay en sus ensayos un tono irónico y burlón que reniega de las jerarquías. Ludmer mezcla las cartas y da de nuevo. En *El cuerpo del delito. Un manual* (1999) traza un mapa de la literatura argentina donde los no leídos u olvidados iluminan a los canó-

nicos formando un sistema que a menudo prefiere lo plebeyo a lo consagrado. El volumen puede interpretarse como una historia de la delincuencia argentina por medio del entramado de textos literarios de diferentes épocas aglutinados en torno a relatos o “‘cuentos de delitos’ sexuales, raciales, sociales, económicos, de profesiones, oficios y estados” que forman constelaciones para producir interpretaciones diversas de la cultura argentina. Su objetivo explícito es politizar el delito, a partir de la relación entre asesinato y política.

Aquí América Latina. Una especulación (2010) es un libro experimental, fragmentario, que alterna reflexiones sobre el campo literario con la narración de encuentros personales. Ludmer pone en jaque conceptos adquiridos y prestigiosos como representación, autonomía, ficción versus realidad, autor, obra, etc. Elige a América Latina como posición de enunciación; desde allí, considera a la especulación como género literario: “La especulación inventa un mundo diferente del conocido: un universo sin afueras, real virtual (la virtualidad es el elemento tecnológico), de imágenes y palabras, discursos y narraciones, que fluye en un movimiento perpetuo y efímero. Y ese movimiento traza formas. Lo llama imaginación pública o fábrica de realidad: es todo lo que circula, el aire que se respira, la telaraña y el destino. La imaginación pública sería un trabajo social, anónimo y colectivo de construcción de realidad”. En este sentido, la literatura es usada como lente o máquina para ver algo de la fábrica de realidad.

Sus pequeños ensayos no fueron menos importantes. Sirva como ejemplo “Las tretas del débil”, un trabajo sobre la *Respuesta a Sor Filotea* de Sor Juana Inés de la Cruz, de 1985 (*La sartén por el mango*, Puerto Rico). Con el título de Carta Atenagórica, el Obispo de Puebla –bajo el seudónimo de Sor Filotea de la Cruz– advierte a la monja sobre su intervención en cosas sagradas. Juana, a su vez, “agradece” la carta y le responde desplegando “las tretas del débil”, tretas que responden a una posición de subordinación y marginalidad. El ensayo de Ludmer aprieta como si fuera un aleph ciertos nudos de las teorías feministas y de la subalternidad para “leer en el discurso femenino el pensamiento abstracto, la ciencia y la política tal como se filtran en los resquicios de lo conocido”. A partir de aquí, las argumentaciones impugnan ciertos lugares comunes porque “constituyen campos de lucha donde se debaten sistemas e in-

terpretaciones enemigas”. Son siete páginas perfectas que exploran las acciones de saber y decir considerándolas como campos enfrentados para una mujer. Ludmer le hace decir al texto todo. Se aferra a él, lo sigue en avances y retrocesos, en sus vueltas y revueltas, en sus vericuetos y sutilezas para plasmar una lectura profundamente política, sin estridencias ni declamaciones pero con contundencia crítica. Esquiva así, también ella, los lugares comunes de las poéticas y las políticas de las diferencias que se perfilaban ya poderosas en los ámbitos académicos.

Ludmer vivió la literatura, la crítica y la docencia con fervor inagotable. Y contagiaba ese fervor a sus alumnos. Quedan los testimonios, sus clases. Para terminar, quisiera detenerme en un detalle que da cuenta de una trayectoria. Hay dos preguntas que articularon los distintos cursos, a partir del seminario de 1985: ¿qué se lee?, ¿desde dónde se lee? Ambas preguntas están en la base de toda práctica crítica: la pregunta por el objeto como construcción (contra la idea de que el objeto viene dado) encaja con la pregunta por la posición o las posiciones de la voz crítica. Una subjetividad que se construye por y en la práctica. Josefina enseñaba a interrogar al texto y a descubrir las posiciones subjetivas allí donde gran parte de la crítica afirmaba la neutralidad. Contra la falsa objetividad, hizo la apuesta de tomar conciencia de la palabra y responsabilizarse por ella.

“Josefina Ludmer. Una lectora impenitente/impertinente”. Es el título que les puse a estas páginas. Creo que sintetizan de alguna forma la actitud en la que perseveró y que trató de inculcar en sus alumnos. Mantuvo férreamente sus decisiones en la práctica crítica y no vaciló en impugnar lo establecido a fuerza de costumbre. Este es su legado.

El hecho definitorio de la muerte precipita muchas veces balances y resúmenes. La memoria recorta hechos, gestos, momentos importantes o nimios que por algún motivo permanecieron nítidos. Los momentos de los homenajes son propicios para volver sobre los lazos intelectuales y afectivos que uno crea a lo largo de la vida. En mi caso, la maestra no dejó de serlo cuando se convirtió en amiga querida. Mi abrazo agradecido para ella, por sus libros y por sus enseñanzas.

Adriana Rodríguez Pérsico
Universidad de Buenos Aires
Universidad Nacional de Tres de Febrero
CONICET
Contacto: adripers51@yahoo.com.ar
Recibido: 29/6/2017
Aceptado: 18/8/2017